

¡Etampes! ¡Chamarandel! ¡Jubisy!

Las llanuras desaparecían, huían los pueblos, el espacio volaba como un huracán.

Por último, el tren atravesó las fortificaciones y se detuvo en la estación de París.

El inmenso camino había terminado.

El ancho pecho de Pedro Dantenac, se elevó con un suspiro de satisfacción.

¡Había llegado!

III

Fatal secreto.

Era domingo. Los relojes de la estación señalaban las seis de la tarde.

Nuestro viajero se precipitó alegremente á la calle.

Por un fenómeno bastante frecuente en el mes de junio, el cielo, poco antes cubierto de nubes, se había despejado, las calles estaban secas.

Pedro Dantenac observó con asombro que no se veía nadie en las inmediaciones de la estación, y no había ningún carruaje.

—¿Qué pasa?—preguntó á un empleado.

—El Gran Premio, señor.

Lo había olvidado.

Andando por una acera con su maleta en la mano, tuvo la suerte de encontrar un alquilón melancólico que caminaba sosegadamente buscando á quién conducir.

Pedro Dantenac subió en él, dando al cochero las señas de la calle del Circo.

Después de atravesar no pocos obstáculos, debidos á la aglomeración de coches que iban á las carreras, consiguió por último llegar á la avenida Gabriel.

Lo más difícil estaba hecho.

Al atravesar la avenida de Marigny tuvo que luchar con un nuevo inconveniente.

Fuertes pelotones de policía impedían el tránsito con objeto de dejar el camino libre á la comitiva del presidente.

Entonces Pedro Dantenac se decidió.

Pagó espléndidamente al cochero, y consiguiendo forzar la línea de los guardias, con la maleta en la mano y el abrigo en el brazo, se dirigió á su casa.

A cien pasos de ella estaba, cuando se detuvo.

Al volver de la avenida Gabriel á la calle del Circo una victoria enganchada con un solo caballo, lleno de fuego, salía de la calle conducida por un cochero joven de aspecto insolente.

Pedro Dantenac se ocultó detrás del tronco de un árbol.

Acababa de reconocer á uno de los criados del barón Mosés.

La victoria estaba vacía.

¿Dónde estaba el dueño?

Esto no fué más que una chispa, pero al atravesar por el cerebro del marido de Matilde, le mortificó horriblemente.

La victoria pasó y fué á estacionarse

en el cruce de la avenida Marigny, que los carruajes del presidente atravesaban en medio de las discretas aclamaciones de la multitud.

¿Por qué la idea de una traición acudió de súbito al pensamiento de Pedro Dantenac? ¿Qué tenía de extraño ver un coche de los Mosés á dos pasos de su casa?

¿Por qué él, tan confiado, tan crédulo, tan ciego, había pasado de pronto á ser celoso é irritable?

¿Quién podría decirlo?

Sin embargo, era un hecho.

El cambio que en él se operó fué espantoso.

Una luz vivísima y desconsoladora alumbraba aquella clara inteligencia.

Los frecuentes viajes de la joven, sus inmotivadas nerviosidades, sus ansias de París, su calenturiento deseo de escapar en todo momento, obedecían á una causa.

Y el marido temblaba á la sola idea de comprenderla.

Permaneció inmóvil algunos minutos, olvidado de todo, de la multitud que no lejos de allí se amontonaba, de los innumerables carruajes que semejaban á una inmensa marea que sube, de los gritos que de todas partes llegaban hasta él.

Se obstinaba en su abrumadora pregunta:

—¿Por qué viene de allí ese carruaje?

Después de todo, en seguida podía aclarar aquellas suposiciones que le atormentaban.

Matilde debía estar en la casa, sola.

En sus frecuentes viajes á París no se había hecho acompañar ni aun de su doncella.

La casa en que vivía pertenecía al viejo Mosés, que tenía para aquella hija de la casualidad atenciones delicadas, una verdadera solicitud de abuelo.

Las habitaciones eran de lo más confortable y lindo que se puede soñar.

Después del matrimonio, seguido de un viaje tan inmediato, nada había cambiado en aquel nido delicioso, que cuidaban los porteros y los criados del hotel Mosés.

Pedro Dantenac llevaba una de esas pequeñas llaves nikeladas, de extremada ligereza, que reemplazan hoy á los pesados armatostes de otros tiempos.

Podía entrar sin ruido, sorprender á los culpables, si los había, y convencerse de la extensión de su desgracia.

Luchó un instante contra la fuerza misteriosa que le estimulaba á aquella sorpresa que él juzgaba indigna, lo mismo que opinaba que eran absurdos sus temores. Pero la lucha no fué larga.

En semejante caso, el hombre mejor equilibrado, el más estoico, el más leal y el más generoso está vencido de antemano.

Pedro Dantenac vacilaba todavía cuando un carruaje vacío acertó á pasar por su lado.

—Un luis por una hora—dijo al cochero.

—¿Qué hay que hacer?

—Esperarme.

Puso dentro del coche su maleta y su abrigo y se dirigió hacia la casa.

Estaba situada en la parte media de la calle del Circo.

Era uno de esos inmuebles edificados hace veinte años, en los que se han establecido todos los adelantos modernos.

Pedro Dantenac entró.

La portería estaba vacía.

Sin duda el Gran Premio había alejado al propietario de esta importante plaza.

Únicamente en el fondo del patio, Pedro Dantenac distinguió á la hija del portero, una morena alta y robusta, llamada Estefanía, que parecía estar de broma con los cocheros, marmitones y algunas criadas de la casa.

Pasó rápidamente.

Las habitaciones de Matilde estaban en el tercer piso. Al llegar, introdujo con cuidado la llave en la cerradura y entró.

La puerta giró sin ruido sobre sus goznes.

El marido se encontró en un vestíbulo muellamente alfombrado, como todas las demás habitaciones de la casa.

Un perfume ligero, excitante, flotaba en la atmósfera.

Pedro Dantenac se estremeció. Aquel era el olor predilecto de su mujer, y era el más elocuente testimonio de su presencia.

Ningún ruido se oía, y, sin embargo,

las puertas interiores estaban abiertas.

Avanzó de puntillas, avergonzándose de su conducta. Aquel vergonzoso espionaje le sublevaba; pero una fuerza irresistible le empujaba adelante.

En el salón todos los muebles estaban en su sitio; se veían aquí y allá algunas prendas ligeras de mujer: un velito, unos guantes, un sombrero, que parecían haber quedado abandonados al descuido. El piano estaba abierto; una mano amiga había llenado de flores los jarrones, y en el centro, sobre un velador, se elevaba una canastilla espléndida y artísticamente adornada:

Aquel perfume delator perseguía siempre á Dantenac, que, á pesar del silencio, pensaba:

—Aquí está.

En la puerta del tocador se detuvo, y un sudor frío corrió por su rostro.

Al mismo tiempo su cráneo quería estallar en una explosión de cólera.

De un golpe, toda la sangre se le amontonó en el corazón y en el cerebro.

Acababa de distinguir un sombrero de hombre y un bastón abandonados sobre una butaca.

Por otra parte, un ruido apagado, mezclado de besos, llegó hasta él.

Y en aquel murmullo, por débil que fuera, no puda equivocarse, reconoció una voz, y aquella voz era la de su mujer.

¿Quién estaba con ella?

Jacobo Mosés, sin duda.

En un momento, con una lucidez pasmosa, Pedro Dantenac apreció una multitud de detalles, á los que hasta entonces no había concedido importancia. El abandono con que su futura iba del brazo de Jacobo la noche en que el viejo Mosés se la había ofrecido, sus paseos por las sombrías alamedas de Plessis-Mercerf, la constante confianza entre los dos jóvenes en el hotel del barrio de Saint-Honoré.

Entonces, después de un violento acceso de vergüenza, de dolor y de rabia, recobró su sangre fría y quiso saberlo todo.

El cazador de gamuzas y de osos, el incansable perseguidor de gallos salvajes que hay en todo montañés de los Pirineos, se reveló en él.

Se deslizó como un reptil sobre la mullida alfombra; atravesó un pequeño corredor y llegó hasta la puerta de la habitación.

Estaba medio abierta.

Las pesadas colgaduras de seda y terciopelo formaban un espeso velo entre los amantes y el marido.

Sin embargo, bajándose hasta el suelo, el desdichado pudo ver, por un intervalo casi imperceptible, á la que era su constante pensamiento.

Estaba envuelta en un peinador ligero como una nube, fresca, perfumada, soberanamente hermosa.

Sentada sobre un diván, tenía entre las suyas una mano de Jacobo Mosés.

Sus ojos tan expresivos, llenos de fue-

go, se clavaban en su amante con embeleso.

Le decía en tono de dulce reproche:

—¡Bien se ha hecho esperar el señor!

El, cuyas facciones eran duras, impetuosas como las de su padre, parecía domado, sometido bajo el influjo de aquella criatura encantadora.

La decía excusándose:

—Ya comprenderás... ¡las carreras! Es imposible atravesar por en medio de la multitud... Y después, todo el mundo me rodeaba.

—¿Has sido derrotado?

—Como de costumbre. Excepto en una carrera insignificante.

—Pero... y ese Gran Premio.

—No hay medio de ganarlo. Sin embargo yo hubiera dado un millón, dos, lo que hubiera hecho falta... Rita es una alhaja, pero no ha querido galopar.

Matilde le miraba con ojos llenos de pasión y malicia.

—De modo ¿que estas derrotado y contento?—le preguntó.

El tuvo una expansión del corazón, cosa que era muy poco frecuente.

—Sí—la dijo—soy dichoso, soy feliz, porque te veo. Que buena eres al pensar en mí, al tomarte fatiga tan grande... ¿Estarás causada?

Ella se encogió de hombros con un movimiento de deliciosa coquetería.

—No—le dijo,—acabo de salir del baño, y me he puesto bella, bella para ti. Ni

siquiera me acuerdo del viaje. Iría hasta el fin del mundo por una hora tan solo de esta dicha, ya lo sabes. Te quiero, no quiero nada más que á tí, y nunca podré querer otra cosa. Vosotros dos, tú y él, el padre y el hijo. ¡Si os perdiera, moriría! ¡Lo he pensado muchas veces!

—¡Loca!

—Pero no me dices nada... ¿En qué piensas?

—Pienso en que estás á mi lado, en que eres encantadora y en que he tenido la debilidad de ceder ante la voluntad de mi padre.

La joven le interrumpió:

—No nos acordemos de cosas que no tienen remedio. ¿Para qué? Tú me quieres todavía. Yo te querré toda la vida. ¿Qué nos importa la demás? Háblame de él.

—Está muy bien.

—¿Le has visto?

—Hace dos días.

—¿Se acuerda de mí?

—¡Ya lo creo!

—¡Cuando sea mayor me despreciará!

—¿Por qué atormentarte con esas quimeras? Pensemos en el presente. ¡Es tan hermoso!

La joven le interrumpió de nuevo:

—Tenemos tiempo. Oye una palabra...

¿Me vas á llevar á Mortcerf?

—Si tú quieres...

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Qué bueno eres!

—Para tí, sí. Para los demás, no.

—Iremos á casa del guarda. Podré abrazarle... ¡Mi querido Andres! ¡Qué alegría! Por lo menos los Loiseleur le quieren mucho.

—Estáte tranquila. Está mejor cuidado que el hijo de un príncipe.

Las voces se fueron apagando poco á poco.

Hay cosas que no pueden decirse.

Pedro Dantenac huyó espantado:

Volvió en sentido inverso, con las mismas precauciones, el camino que habia seguido hasta llegar á la puerta de la habitación de su mujer.

Al pasar por el salón pudo contemplarse en un espejo.

Sus cabellos estaban erizados, su faz lívida.

Acaaba de pasar por una de esas terribles pruebas que envejecen á un hombre en un minuto.

La que amaba estaba allí, á dos pasos. ¡Estaba hermosa, soberanamente hermosa, pero era para otro!

La veía todavía con los brazos y la garganta desnudos, los ojos húmedos de voluptuosidad, fijos en los ojos sombríos de su amante.

¡Nunca le habia parecido más deseable, más espléndida! ¡Nunca habia hecho ella tantos esfuerzos para agradar y conmover!

Lo sabía todo.

Se habia engañado. Su voz mentía; sus

caricias eran mentira, cuando se le abandonaba.

Era de otro, pertenecía por completo á aquel odioso Jacobo Mosés, por el que siempre habia sentido una instintiva aversión.

¡Le pertenecía desde mucho tiempo antes! ¡Tenía un hijo! ¡Un hijo que se llamaba Andrés!

Por lo tanto, ella se habia casado con el empleado, con el subalterno, con el dependiente del padre de su hijo.

¡Qué infamia!

¿Y por qué?

¿En qué intriga tenebrosa le habian mezclado?

Nada comprendía.

¿Qué objeto se proponían con aquella traición?

Su pensamiento se retorcía perdido en aquella complicación de una perfidia tan poco útil para los otros y tan humillante para él.

Si se amaban, ¿qué les había impedido casarse? Con aquella enorme fortuna, ¿no puede hacerse todo lo que se quiere?

Por un momento tuvo la idea de aplastar al uno y al otro; pero después la reflexión se apoderó de él.

Había podido resistir al acceso de rabia que le había acometido; pero quedó abatido como un junco que arrolla la tempestad.

Había adoptado una enérgica resolución.

Quería ver hasta qué punto sería infame aquella mujer, fingir la ignorancia para penetrar mejor las causas de aquella traición y de aquellas mentiras, ver al hijo de que aquella hablaba con su amante, meditar su venganza y hacerla horrorosa.

Llegó á la puerta, la abrió y se encontró en el descansillo, sin ser sorprendido.

Bajó la escalera con el sombrero echado sobre los ojos, tratando de no ser reconocido.

Fué una precaución inútil.

La joven, única guardiana de la casa, estaba ocupada con los criados en el fondo del patio y no le vió salir, de igual modo que no le había visto entrar.

Apenas habia andado diez pasos en la calle cuando vió que una joven corría á su encuentro y exclamaba reconociéndole:

—¡Pedro!

—¡Marieta!

—¿Eres tú?

—¿Estás en París?

—Acabo de llegar.

—¿A dónde vas?

Dantenac respondió con acento sombrío:

—No lo sé... ¿y tú?

—Yo iba á pedirte consejo... por casualidad... sin esperanza de encontrarte... estoy loca.

Los dos jóvenes se contemplaron fijamente.

Su asombro fué igual.

Ella estaba tan trastornada como él.

—Y tú, ¿qué haces aquí?—la preguntó Dantenac.

—Benedetta había parecido... me había escrito... He venido á buscarla y me encuentro con que ha desaparecido de nuevo.

—Es imposible.

—Es la verdad.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

Pedro Dantenac lanzó á su alrededor una mirada inquieta. Temía ser reconocido, perseguido.

Llevó rápidamente á Marieta hasta el coche que le esperaba á algunos pasos, y la dijo:

—Vente, vámonos de aquí.

Y abriendo la portezuela la obligó á entrar en el carruaje, diciendo al cochero:

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

IV

Dos dolores.

Cuando Marieta recibió la carta de su hermana en Marignac, experimentó el primer momento de alegría después de la huida de la desgraciada Benedetta.

Leyó la carta á todos los amigos juntos y les pidió consejo.

La decisión fué unánime.

Puede adivinarse fácilmente.

Barrousse, Rabastoul y el cura Ardigues no vacilaron ni un momento.

Puesto que se sabía donde estaba, era preciso ir á buscar y traerla al pueblo.

Hubiera ó no cometido una falta, no por eso dejaba de ser la cariñosa y dulce Benedetta, tan amable y tan querida de todos.

Se la perdonaría, se la consolaría y se trataría de hacerla olvidar las penas de que hablaba en su carta.

La tia Julia, muy vieja, quebrantada por las emociones que había sufrido, lloraba á la sola idea de volverla á ver.

Rabastoul, el padrino, se ofreció para el viaje; Barrousse le animaba á marchar; pero Marieta tenía derechos de preferencia, que nadie le podía disputar.

Ella fue la que se encargó de aquella misión.

En seguida se puso en camino.

Unicamente que los pobres viajan más despacio que los ricos.

Haciendo el viaje en el rápido, puede que hubiera llegado á tiempo.

El tren que la conducía, retrasaba más de diez horas sobre el expreso.

La pobre Marieta llegó á la estación á las cinco de la tarde, pocos momentos antes que el tren que había conducido á Pedro Dantenac.

Menos dichosa que el representante de la banca Mosés, no encontró ningún coche y tuvo que contentarse con un ómni-